

EL MOTÍN

Año XLIII

Madrid, Sábado 20 de Enero de 1923.

Número 3.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres; 5 año.—Provincias: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres, 6 año.—Ultramar y Extranjero: 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales: 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

El decreto reorganizando el Protectorado, es gana de andarse por las ramas en la cuestión. Otro es el camino porque el Gobierno ha de entrar, si aspira á que el pueblo español crea que va derecho á atajar el desastre.

Ni decretos nuevos ni leyes nuevas hacen falta para poner mano en los aspectos que reclaman más urgente intervención. Y los ministros lo saben bien, aunque no se atrevan á proceder como quien lo sabe. Por mucho que hayan escrito los técnicos, cuya misión es muchas veces embrollarlo todo, en la conciencia de la multitud está que la Comandancia de Meilla no se vino abajo por el sistema militar empleado en el avance, ni porque la línea adelgazara ó engordara, sino por la relajación moral, el desenfreno y la orgía que andan pregonadas en libros como el de Juan Guixé. Alrededor del desfalco de Larache (que va ya camino del manicomio como todo desfalco distinguido) se ha revelado todo un sistema; impreso corre en la obra que López Rienda acaba de publicar.

En esto es en lo que se quisiera encontrar radical mudanza, y no en suprimir comandancias generales (será que no se encuentra más manera de acabar con la rabia que matar al perro?) ni en que las zonas empiecen en tal ó cual punto de los dominios de Abd-el Krim. Casi todo el que habla bien de Villanueva como Alto Comisario, lo hace porque le atribuye mal genio; y casi todo el que habla mal, porque le atribuye negocios en Afri-

ca. Se deja por ahora en plano secundario, el que conozca bien el problema político ó no.

El país, con certero instinto, puesto hoy á elegir Alto Comisario, entre un sabio y un gendarme, elegiría un gendarme.

Por cierto que la busca de un Comisario interino ha puesto á la Concentración liberal en el trance desairado de reconocer que, entre cinco partidos, no dan arriba de un hombre que sirva medianamente para el caso; ó mejor dicho, cuya candidatura no provoque una carcajada.

Se ha designado por fin al señor Silvela, y es de suponer que los liberales razonen el no nombramiento alegando que también le hicieron ministro de Marina sin saber una patata de navios.

Francia se ha decidido á ocupar el Ruhr, porque Alemania no le paga lo firmado en el tratado de Versailles.

Inglaterra y los Estados Unidos se han disgustado. Pero ¿no firmaron el tratado de Versailles y se obligaron á hacerlo respetar? Es que entonces se trataba de achicar á Alemania entre todos. Pues ¿por qué no lo cumplen? Porque ahora se trata de que Francia no crezca demasiado.

No negaré que en materia internacional la razón es tornadiza y se cansa pronto de estar al lado de un pueblo. Yo mismo, en mi amor á Francia, preferiría no verla en el Ruhr. Pero quienes ahora la combaten y hablan de su miedo, la justifican. Francia siente sobre sí sola otra vez el odio de Alemania, y tiene miedo: el miedo de la victoria.

No quiere la guerra. El vencedor quiere la paz, su paz, la que él impuso. Si terminada una lucha reñida es capaz alguien de hacer esfuerzos por la paz, es el vencedor. Realmente, cuando se firman los tratados, el vencido tiene una libertad espiritual que el victorioso no tiene; puede escoger rumbo, vengarse ó no vengarse, mientras el vencedor se encuentra atado al carro de su victoria y obsesionado por el temor del desquite. Este ha sido el medio siglo último de Alemania; ésta es la actualidad francesa, saturada de desconfianza ante una Alemania reconstituida. La actitud de Inglaterra y los Estados Unidos, aparentemente opuesta á la de Francia, tiene el mismo sentido: propósito de superioridad.

El juego será todo lo despreciable que queramos, pero es así.

¿Será verdad que Martínez Anido va á escribir y publicar cuál ha sido su labor como gobernador Civil de Barcelona?

Aventurado me parece. ¿Como no sea que el ex gobernador cuente con que sus adversarios casi no podrán atestiguar más que con muertos!

Complaceré á todos

Varios amigos que mandaron trabajos para el *Número Extraordinario*, y que no insertó *La Comisión* por llegar tarde, me han pedido que los publique en números corrientes.

Pensé no hacerlo, porque en ellos se me elogia en demasía; pero al fin me he dicho:

«¿Y por qué no complacerlos, sin adie puede creer que lo hago por vanidad? Después del chaparrón de elogios que ha caído sobre mí en el *Extraordinario*, ¿qué importan unas cuantas gotas más?»

Por lo tanto, iré insertándolos poco á poco, y de este modo conseguiré tres cosas por lo menos.

Complacer á esos buenos amigos. Proporcionar un buen rato á los lectores de *El Motín*, que les agrada todo cuanto se dice en elogio mío.

Y proporcionaré melo yo á la vez. Un hombre puede ser lo bastante fuerte para no pagarse de vanidosas ostentaciones, y débil en cambio para renunciar en absoluto á la satisfacción que producen las alabanzas de personas inteligentes y dignas.

Y digo esto, porque voy también á reproducir los artículos que algunos periódicos me han dedicado con motivo de la publicación del *Extraordinario*, y que no copié mientras estuvo la suscripción abierta, por parecerme que podía oler un poco á propaganda.

Me he reído muchas veces de estas nimiedades mías, algo parecidas á la que dió pretexto á que se pusiese en moda la frase *escrúpulos de monja*.

Y aunque lo reproduciré hace poco, voy á abrir aquí un peréntesis para insertar el artículo que en 1894 dediqué á esa frase; así llenaré un hueco, y haré que algún lector se sonría.

«Fué á confesarse una monja, desembuchó unos cuantos pecadillos, y comenzó á temblar, ruborizarse, sollozar...»

El confesor la animaba, ponderándole lo grande de la misericordia divina, diciéndole que el sacramento de la penitencia sirve de Jordán purificador, y esas otras cosas que han inventado los del oficio para atraer parroquia.

Pero la monja, nada; cada vez más confusa, más medrosa, llorando más... Por fin se desmayó, y hubo que conducirla a su celda.

A los tres días arrodillóse nuevamente ante el confesonario, y se repitió la escena punto por punto. El confesor comenzó a pensar en un crimen horrendo, un pecado irredimible... Algo así como un infanti idio.

A la tercera vez, y después de confortarla y consolarla de antemano, y de muchos suspiros por parte de ella, y muchas lágrimas, y su poquito de síncope, confesó...

(Aquí de mis apuros. ¿Cómo lo diré?... ¡Cielos!... ¡Qué compromiso! El caso es que... Mas allá voy; no se diga de mis escrúpulos lo que de los de ella.)

Confesó que un viernes santo había utilizado en operación muy natural y corriente, aunque mal oliente (la misma a que yo destino los periódicos clericales), un pedazo de papel que había envuelto... manteca.

¿Tenía yo razón ó no al encontrar algún parecido entre esa monja de los escrúpulos y un servidor? Si después de haber leído sin desmayarme el *Extraordinario*, anduviere con remilgos de modestia ahora, podrían decirme, y muy justamente, que me había tragado una viga y me ahogaba con un pelo.

Quedamos, pues, en que publicaré los trabajos que no pudieron ir en el *Extraordinario*.

Y también los artículos que mis compañeros en la Prensa me han dedicado, y a los que principalmente se debe el éxito que ha alcanzado la iniciativa de Enrique Sanjurjo, que ha puesto en ella tesoros de inteligencia, trabajo y desinterés.

JOSE NAKENS

¡Tú que no puedes!...

El abuelo Nakens había dado orden para que se me recibiera en su casa sin previo anuncio ni esperas de antemano; siendo nuestro trato muy reciente, disfrutaba yo del privilegio que tiene concedido a sus escasos amigos íntimos y viejos.

Aquel día la sirvienta me introdujo en el comedor. El santo ateo, sólo, semi hundido en la penumbra delatardecer, prestaba toda su atención en sacar un *solitario* con la baraja que tenía extendida sobre la mesa; en aquella inocente distracción tenía por costumbre esperar la hora de acostarse.

Me recibió como siempre, afable y llanamente; y sin dejar las cartas habló, también como siempre, entre enérgicas interjecciones y fustigues despectivos que me traían a la memoria *El Capitán Veneno* de Alarcón; que así es el carácter de Nakens: duro en la forma por exceso de ternura en el espíritu; de corazón tan pleno de bondades, que se revuelve airado contra las injusticias, rabioso de que éstas le impidan fraternizar con todo lo existente.

Apartó al fin a su izquierda las cartas é interrogó afectuoso:

—Y sus asuntos, ¿qué tal marchan? —Mal.

Porque mis asuntos iban mal. No veía otra solución, para no interrumpir la normalidad de mi modesta vida, sostén de una familia, que regresara a América. Pero mi estancia en Madrid comenzaba a ser larga, y lo irrisorio del sueldo que disfrutaba iba agotando mis pequeños ahorros; y un poco asustado, veía que los recursos reservados para el viaje de retorno eran ya insuficientes.

Le hablaba francamente, correspondiendo a su franqueza. El, en otra entrevista, me había referido sus amarguras por haberse visto obligado a mermar el tamaño de *EL MOTIN*. Precisamente por aquellos días la crisis estaba agudizada.

Esto me animaba a contarle mis cuitas, seguro de que no podía infundir recelo de pretensión de una posible ayuda.

La cabeza venerable se movía en signo de asentimiento; sí; verdaderamente la vida en España era imposible sin alguna prebenda ó capital propio.

—¿Y cuánto le falta para el viaje?—preguntó en tono un poco indiferente.

—¡Ah!, no sé; no puedo precisar; en tercera clase, con la familia, unas mil pesetas me faltarían.

Era antes de comenzar la guerra; la inútil gran guerra Europea; por entonces la peseta valía una peseta y un millar eran muchas pesetas; conseguir aquella suma me sería imposible.

Seguimos hablando de otras cosas, y aunque no era tarde, sabiendo que Nakens, por buena costumbre que pocos imitamos, se acostaba a la hora de las gallinas... y de los gallos, saludé en despedida. Me despedió con palmadas en el hombro:

—No deje de venir por aquí; ya sabe que tengo gusto en charlar con usted un rato.

Volví. Hablamos de lo mismo y casi lo mismo que la vez última. Yo, un poco más acobardado y desalentado. ¿Que qué había decidido? Irme; marchar como fuera; en clase de emigrantes, si no podía de otro modo.

Callamos un momento; abrió un cajón de su mesa de despacho, aquella vieja mesa cubierta de periódicos amontonados; sacó un sobre cerrado,

y poniéndome la mano libre sobre el hombro, me alargó el pliego diciendo entre disculpas y delicadezas:

—Ahí tiene lo que le falta; vuélvase a México...

Y he ahí porque venero a Nakens.

MANUEL VINUESA

Barcelona.

LA CUMBRE DEL PERIODISMO HONORABLE

JOSE NAKENS

Sé que, á veces, me produzco con destemplanza; que señalan mis palabras violencia desusada en la armonía de buen tono que regula el trato social. A unos en la confianza, á otros en la extrañeza, les oí en tales ocasiones una como expresión indulgente...

—Está enfermo, se apasiona;—dijeron—puede que favoreciéndome, pero aumentando á un tiempo la seguridad de mi actitud.

A este noble viejo, al gran Maestro Nakens, que será inmortal por los destellos de su briosa inteligencia y la energía indomable de su voluntad, debo, sólo por haber puesto atención á sus palabras y análisis en sus actos, las más raras enseñanzas como los más fecundos gérmenes en las determinaciones de mi conciencia.

Llevaría yo á Madrid en mi juventud la pureza sentimental que el amor de mi madre alcanzase á depositar en mi corazón, pero luego, año tras año, en una convivencia llena de admiración y atada por la bondad, se derivaron de Nakens las mayores fortalezas de mi espíritu, que, en cada turbulencia indeclinable de la vida, permanece ufano, conservando lozanía, y escamondado por esa llovizna de buenas inclinaciones que fija sin vacilar trazo, volumen y color á nuestra conducta.

—Hay que aprender á morderse la lengua—, me amonestó Nakens, cuando, por que yo defendía en Málaga su causa política frente á Salmerón, uno, que le debió con el pan de sus hijos las más altas preeminencias que pudiera haber soñado, lo abandonaba.

Yo procuro atemperarme á la codificación moral, igual que polilla á la consistencia de la naturaleza humana...

Pero también antes y de paés, muy de cerca, asistí al suceso emocionante del encarte de Nakens en el proceso por regicidio, de Morral... Nakens caballero, revolucionario, piadoso, enlazado en una sorpresa, eligió, incontinenti, entre un estado de plenitud de conciencia contraria por temperamento y conducta y una eterna acusación íntima, aunque otros grandes provechos en la vida le hubiesen derivado la cobardía ó el egoísmo.

Nunca vi vacilar en las magnas horas de la política ni su carácter ni sus ideas. A Nakens le mordieron todos;

lo quisieron reducir negándole apoyo para desenvolverse en la materialidad de lo preciso para el que Nakens impuso con amor y reflexión á mi conciencia; pero hombre vulgar y por ello más imperfecto, en algunas circunstancias, aun clavando los dientes en la lengua hasta sangrar, di paso á la protesta sincera de mi alma que, dolorida, como la inundación, el volcán ó el terremoto se deshace del obstáculo y realiza su obra por designios inculcables á las humanas previsiones.

Lengua de palo se hubiera hecho astillas en mi boca defendiendo la sinceridad que dirigí á Nakens en los supremos momentos de su vida pública ejemplar. Sostuvo antes que ninguno la doctrina de la Unión republicana, atacando al partidismo personalista, causa esencial de toda la inepticia hacia el propósito de instaurar la República. Fué combatido con saña, pero poseído del bien de su idea, destruyó capillas y santones, ídolos y sagrarios, concertando al cabo la memorable junta nacional de 3 de Marzo de 1903.

Yo asistí á distancia, pero observador, á todo el laborioso proceso y penosísimo trabajo que impuso muchos días, algunos años, la lenta persuasión de los republicanos—entonces en formidables falanjes por toda España—hasta conducirlos á la voz de disciplina á la dictadura de don Nicolás Salmerón, que no tenía la confianza de las masas...

Yo ví en este período, desde El Motin de la calle de Fuencarral hasta El Motin del chiscón de la Plaza del 2 de Mayo, la grandeza del pensamiento patriótico de Nakens, ajeno siempre á la conveniencia, como al más leve puñal de vanidad que suele roer el vivir cotidiano; lo abandonaron, lo persiguieron y por cuantos procedimientos cabe imaginar intentaron anularlo...

Nakens es la honradez política y la virtud personal, y estos atributos serán eternamente invencibles. Poseer los es aplastar el dragón de la ignorancia.

Hay un instante que todos los humanos sienten el presentimiento del goce íntimo por una absoluta paz aumbrada por el amor, y en nuestras imperfecciones y deficiencias buscamos el símbolo.

En unos que fueron y en otros que son, ponemos el pensamiento para inclinar la conducta...

Los que no han conocido, aprendiendo y reverenciado á Nakens, miran hacia Jesús, el Redentor...

JOSE ALIUS

Vida Malagueña.

LUCHA POR LA EXISTENCIA

El sacristán del Batán (un pueblo de lo peor), era un tiempo enterrador á la vez que sacristán, y dió en la extraña manía de tomar el cementerio un poco menos en serio que tomárselo debía.

Es verdad que las gabelas en la iglesia no abundaban y escasamente le daban de comer al repavels.

Y es más cierto y más verdad, que era el pueblo tan pequeño que el morir un lugareño era una casualidad.

Así es que en la sacristía muy poco dinero entraba, porque nadie se casaba y porque nadie nacía,

y el sacristán del Batán no supo qué era peor, si el hacer de enterrador ó el hacer de sacristán.

Pero un día contemplaba que era grande el campo santo, y calculando que tanto para tan poco sobraba,

vió en ello su salvación, y se le ocurrió aquél día la rareza ó la manía de que ya se hizo mención;

la cual manía era abrir un huerto en aquel terreno, que por lo abonado y bueno tendría que producir.

Y poco á poco plantó lo que la época exigía, y el hortelano cogía lo que el chupacirios no,

logrando de esta manera la dicha de su morada, por tener asegurada la cotidiana puchera.

Y en paz vivía el maniático haciendo vida ejemplar, cuando llegó á su lugar el cólera morbo asiático.

El huésped aquél, cruel al horte ano espantó, porque el pobre no contó con el contratiempo aquel.

Y aunque era insignificante el pueblecillo, es lo cierto que para arrasar el huerto hubo en el pueblo bastante.

Y plantas, hojas y matas el huésped fué conquistando y poco á poco ocupando el lugar de las patatas.

Al fin torció de camino con el hambre satisfecha á costa de una cosecha de tomate y de pepino.

Cuando todo se calmó y vinieron días risueños para aquellos lugareños que el cólera respetó, el sacristán sonreía, porque todo lo perdido

en el huerto, fue cogido de sobra en la sacristía.

Y bendiciendo la ciencia que por tan extraño modo le dió resuelta del todo la lucha por la existencia, el sacristán del Batán exclamó: «Yo siempre gano. ¿Qué no hay cólera? Hortelano. ¿Qué hay cólera? Sacristán.

ANTONIO MONTALVAN

Discusión distraída

—No ignora usted, señor cura, que á mí me gustan las cosas claras.

—Sí, hijo mío, y por eso la Iglesia presenta tan claras las cosas.

—No, señor; lo único que se ve claro es el afán de sacar cuartos á los que creen, ó fingen creer lo que enseñan.

—Ya sabes que no me gusta oírte hablar así.

—Por qué, pues, usted nos está hablando siempre del Purgatorio?

—Porque quiero sacar de él á vuestros parientes.

—¿Y cómo nos prueba que el Purgatorio existe?

—¿Te olvidas que hace dos años Pepón de Fila, muerto hacía poco, se presentó á su hijo pidiéndole unas misas?

—¿A mí con esas, señor cura? Pregúntele usted al sacristán quién era el aparcado.

—¿Pues qué, lo ignoro yo?

—Es verdad; me olvidaba que aquello fue cosa de usted y del sacristán.

—¿Tú qué sabes!

—Me lo contó él un día que estaba borracho.

—¡Ah, maldito!

—Pero no se enfade usted, señor cura, que á nadie he dicho una palabra.

—Pues escucha, hijo mío. Hice aquello porque nadie se acordaba de las benditas ánimas.

—Vamos, que no había negocio.

—Había poco; pero esto na a tiene que ver con la existencia real del Purgatorio.

—Le contestaré lo que decía un católico italiano: el Purgatorio es la cocina de los curas.

—Siento ese lenguaje por tu alma.

—Pues no lo sienta usted. El Purgatorio es moneda que no puede pasar en el siglo xx.

—¿Aún persistes?

—Si Dios es el único que conoce el corazón, ¿por qué los sacerdotes dividen los pecados en mortales y veniales, sistema completamente desconocido en la primitiva Iglesia cristiana?

—¿Qué preguntas haces!

—Pues así pueden luego absolver, dejando el castigo temporal para ser sufrido en el Purgatorio.

—Yo admito el Purgatorio, porque lo admite la Iglesia.

—La Biblia habla del cielo y del infierno, mas no de un lugar intermedio.

—Pero existe.

—¿Y cómo lo sabe usted? El hecho de que el Purgatorio se inventara en el siglo vi, y no haberlo admitido como doctrina corriente hasta 1439 en el Concilio de Florencia, continuación del de Ferrara, ¿no prueba que...?

—¡Calla! ¡Calla!... No quiero oírte.

—¿Sí, eh? Pues yo diré á todos los fie-

les que cierren la bolsa, y se acabará para ellos el purgatorio de soltar dinero para los muertos, que para nada se acuerdan de los vivos.

—Es que hay muertos que aparecen de veras.

—Pues se les recibe con una estaca, y verá usted que vivos se muestran... para echar á correr.

—¿Será posible que no haga carrera de ti? ¡Calla, vuelvo á decirte!

—No se meta usted conmigo, injuriándome cuando no estoy delante, y luego... veremos.

MIGUEL LAVÍN

Página de Michelet

Ere joven sacerdote que, según le enseñan, cree que el mundo es un conjunto espantoso; que llega al confesionario con ese prejuicio y poblada la imaginación de casos monstruosos, lo colocan imprudentes! frente á una niña que todavía no sabe separado de su madre, que no sabe nada, que no tiene nada que decir, y cuyo crimen mayor es haber aprendido mal su catecismo ó prisionado á una mariposa.

Me estremezco pensando en el interrogatorio á que va á someterla ese joven, en lo que va á enseñarle en su consciente brutalidad. Pero en vano se esfuerza en sus preguntas: la niña nada sabe, nada dice. La reprende y ella llora. Las lágrimas se secarán pronto, pero ella soñará muchas veces.

Cuando pienso en todo lo que contiene la palabra confesión, esa voz tan corta, ese poder, el más completo que existe en el mundo; cuando trato de analizar todo lo que hay en ella, me lleno de pavor; me imagino que descendiendo por la espiral infinita de una mina profunda y tenebrosa... Hace un rato tenía compasión de ese sacerdote y ahora me inspira miedo.

Lo que ha visto bien la mujer, tenebroso presente, no es la madera, el robe oscuro del viejo confesionario: es un hombre de carne y hueso.

Y ese hombre sabe ahora acerca de esa mujer lo que el marido no ha sabido en los largos coloquios de las roches y de los días; lo que no sabe su propia madre que cree conocerla hasta en lo más íntimo, por haberla tenido tantas veces desnuda sobre sus rodillas.

Lo que sabe ese hombre no haya cuidado que llegue á olvidarlo. Si la confesión está en buenas manos, mejor, porque será para siempre... Ella también, ella sabe que existe un amo de su pensamiento íntimo, y jamás pasará delante de ese hombre sin ruborizarse, sin bajar la mirada.

El sacerdote domina el alma tan pronto posee la prenda de los primeros secretos, y la dominará cada día más.

He ahí un reparto entre los esposos; porque ahora la mujer tendrá dos, y reservará el alma para el uno, el cuerpo para el otro.

Cosa humillante es no obtener nada de lo que fué vuestro, sino mediante una autorización y por indulgencia; de ser visto, seguido en la intimidad más íntima por un testigo invisible que os dirige y os

señala vuestra posición; de encontrar en la calle un hombre que conoce vuestras debilidades más ocultas, que os saluda humildemente, vuelve la cara y sonríe...

El confesor de una mujer joven puede ser definido así: el celoso del marido y su enemigo secreto. Si alguno hay que sea una excepción (y quiero de buena fe creerlo), es un héroe, un santo, un mártir, un hombre superior al hombre.

Toda la tarea del confesor es aislar á la mujer, y lo hace en conciencia.

El celibato eclesiástico es una institución contra natura, que forzosamente hace al sacerdote desgraciado. La confesión abre á ese hombre, que no tiene familia, la puerta de todas las familias. Ella le entrega la madre, y por ésta pone la mano sobre los hijos. Si no puede alcanzar al padre, lo aísla y lo reemplaza.

Subscripción para el número Extraordinario

—X—X—X—

Cantidades recibidas

Suma anterior, 19.407'80 pesetas.

Mariano López, Madrid 5 pesetas; Félix Candelapara, id., 2.

José Pizarro, 2 pesetas; Carlos Martínez, 2; José Arés, 1; Antonio Godoy, 2; Ramón Ramírez, 2; Juan Gallardo, 2; Pedro Villalobos, 3; José Martínez, 2; Fernando Carrón, 2; Mariano N., 1; Ramón Martínez, 1; Braulio Maresón, 2; Francisco Albertos, 2; Juan García, 4; Diego Merchan, 2; Tomás González, 5; Baltasar Galán, 3; Pascual Heredia, 0'50; Higinio Alonso, 0'50; Andrés Fernández, 1; Francisco Cantero, 1; Francisco Rayego, 1; Tiburcio Morales, 1; Antonio Ríos, 1; Torcuato Bretones, 2; José Colorado, 1. (Todos de Pueblo Nuevo del Terrible.)

Ramón Ricart, 2 pesetas; Manuel Pun Petrinto Costa, 5; Antonio Palop, 1; Pedro Carrillo, 1; Valeriano Molina, 1; Emilio Morilla, 5; Diego López Tirón, 5; Antonio Rodríguez, 2; Miguel José Rodríguez, 3. (Todos de Algeciras.)

José M. Solanellas, 1 peseta; Pedro Sabré, 1; Antonio Abelló, 0'50; Pedro Marín, 0'50; Ramón Pallejá, 0'50; Federico Solanellas, 0'25. (Todos de Riudecoll.)

Casino Republicano del 9.º distrito, 17 pesetas; Higinio Modrón, 0'50; Pilar Antón, 0'25. (Todos de Valladolid.)

Pastor y Guanter, 5 pesetas; Villarrasa, 3; Martos, 2; Mario Ortiz, 1; Iglesias, 1; Guanter, 1. (Todos de Port-Bou.)

Casino Republicano, 25 pesetas; Francisco Casp, 5; Salvador Pérez, 5; Domingo Martínez, 2; Jaime Espi, 1. (Todos de Carlet.)

Gonzalo Aguilar, 1 peseta; José Lino,

1; Ignacio Martín, 0'50. (Todos de Sagorbe.)

Pedro Cantón, Cenicero, 16 pesetas; Pedro Fernández, Alora, 1; Ricardo Melia, Vigo, 10; Casino de Juventud Republicana, Toledo, 51'85; Riar lo García, Orihuela, 5; A. La-fuente, Calatayud, 5; Centro Republicano, Sueca, 50.

Total 19.700'65 pesetas.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Fructuoso Roldán, Córdoba, 4 pesetas; Felipe Cepedano, Vigo, 3; Guillermo Bosch, Valencia, 19; Vicente Simarro, Linares, 11; Pedro Cantón, Cenicero, 5; Pedro Hurtado, Tobarra, 3; Andrés Perille, Orense, 4; Guillermo Zamorano, Binéfar, 10; Francisco Muñoz, Albánchez, 4; Francisco Negrillo, idem, 0'50.

Saulo Torón, 5 pesetas; Gaspar Ortega, 1; Manuel Pérez Camacho, 2; Felipe Benítez Pérez, 2; José Galván, 3; Juan Cabrera, 2; Juan Medina, 2. (Todos de Puerto de la Luz.)

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Tarragona.—Gabriel Martín. Abonada su subscripción á fin Diciembre 1923.

Vigo.—Felipe Cepedano, id. á fin Diciembre 1923.

Valencia.—Guillermo Bosch, id. á fin Diciembre 1923.

Linares.—Vicente Simarro, id. á fin Diciembre 1923.

Tobarra.—Pedro Hurtado, id. á fin Diciembre 1923.

Idem.—Juan A. Ochando, id. á fin Diciembre 1923.

Orense.—Andrés Perille, id. á fin Diciembre 1923.

Villamol.—Gregorio Yáñez, id. á fin Abril 1923.

Binéfar.—Guillermo Zamorano, id. á fin Diciembre 1923.

Albánchez.—Francisco Muñoz, id. á fin Diciembre 1923.

Coruña.—José S. Fernández. Recibido su GHO de 25 pesetas; conforme.

La Cenia.—Juan Ferré, id. de 60; conforme.

Mieres.—Juan González, id. de 58'30; conforme.

Carlet.—Francisco Casp, id. de 25 á cuenta.

Yecla.—Juan A. García, id. de 15 á su cuenta.

Figueras.—Martín Gratacós, id. de 36'15; conforme.

Corbera.—Jaime Cebolla, id. de 8; van números.

Salas.—Luis R. Álvarez, id. de 20; conforme.

Montijo.—Francisco Zambrano, id. de 13 á cuenta.

Arahal.—Raimundo Lozano, id. de 7'50; conforme.

Alcaudete.—Manuel Ortega, id. de 6; van libros.

Reus.—Hijas de E. Bobart, id. de 54; conforme.

Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla, 3.—Madrid